LA FUENTE DE JACQUELINE LA DE LOS CABELLOS DE ORO.

Entónces habia una fuente cerca de la abadía.

Una pequeña fuente que corria, corria por entre el mimbre, el junco y la florida yerba.

Un grande sauce bañaba sus verdes cabellos en la fuente; bajo el sauce venia todas las tardes Jacqueline á la hora en que las flores de la noche abren su cáliz.

Jacqueline no venia al grande sauce para beber en la fuente.

Porque á la hora en que las flores de la noche abren su cáliz, su amigo Pedro estaba bajo el grande sauce. Su amigo Pedro, un herrero del país, el hermoso herrero de mirada altiva y dulce.

Todas las tardes recogian pequeñas flores azules de las que esmaltaban las orillas de la fuente.

Y cuando las flores habian sido recogidas, el amigo Pedro las besaba y las guardaba en el seno de la bella Jacqueline.

Ah! jamas bajo el cielo se amó con igual júbilo.

Cuando Jacqueline llegaba al sauce, se ponia pálida como la muerte.

—Amigo, decia ella, júrame amar á tu Jacqueline tanto tiempo como correrá esta fuente. A lo que el amigo Pedro respondia:

—Tanto tiempo como correrá la fuente, juro amar à la bella Jacqueline la de los cabellos de oro.

El juró, pero un dia ella se encontró sola bajo el grande sauce.

Ella recogió las pequeñas flores azules aguardándolo, pero él no vino á guardar el ramo en el justillo rojo.

Ella arrojó las flores en la fuente, y se imaginó que la fuente la acompañaba en su llanto.

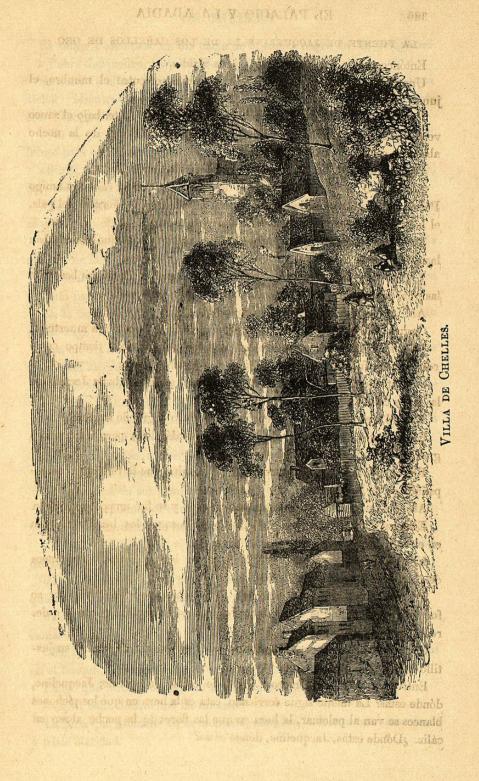
Al dia siguiente vino un poco mas temprano y se fué un poco mas tarde. Ella esperó; los ruiseñores cantaban en el bosque, los bueyes mugian en el valle.

Ella esperó; la campana de la abadía tocaba las oraciones, la molinera de Nogent cantaba su alegre cancion.

Todavía vino Jacqueline ocho dias. «Se acabó, se acabó," dijo, y se fué á llamar à la puerta de la abadía: es una pobre muchacha que no quiere amar mas que á Dios.

Cortáronle sus hermosos cabellos de oro y enviaron á su madre su justillo rojo y su anillo de plata.

Entretanto volvió el herrero. "¿Dónde estás, Jacqueline, Jacqueline, dónde estás? La fuente sigue corriendo, esta es la hora en que los pichones blancos se van al palomar, la hora en que las flores de la noche abren su cáliz. ¿Dónde estás, Jacqueline, dónde estás?"



Pedro volvió á tomar á su amiga en sus brazos, diciéndole mil tiernas palabras, en la creencia de que ella le responderia.

Pero ella no le escuchaba ya. ¡Cuán hermosa estaba todavía inclinando su pálido semblante sobre la espalda del amigo Pedro!

Toda la noche oró por el alma de su querida Jacqueline, ya de rodillas delante del cadáver, ya estrechàndolo contra su corazon.

Al despuntar el dia, abrió sollozando una fosa. Cuando estuvo bien profunda, la cubrió con yerba en que brillaba el rocío.

Sobre el lecho fúnebre tendió à Jacqueline para la eternidad: por la última vez tomó su mano y la besó.

Deja caer sobre el cuerpo de Jacqueline todas las flores silvestres que pudo recoger á la orilla del bosque y en el prado.

Sobre las flores echa tierra, tierra bendita por sus lágrimas.

Despues se aleja lentamente. Las religiosas al despertar oyeron los sollozos del amigo Pedro.

Desde aquel triste dia no volvió el herrero á majar el fierro en la fragua. Desde aquel triste dia Jacqueline duerme al murmurio de la fuente, murmurio dulce à su corazon.

En las noches de Mayo, cuando el ruiseñor canta sus amores en el bosque, ella se acuerda de cuánto la amó el amigo Pedro.

Y se ve estremecerse á las florecitas azules que están sobre la fosa siempre verde.

Aquí acaba la historia del amigo Pedro y de la bella Jacqueline.

A principios del siglo XV, despues de haber sufrido los estallidos del rayo, las destrucciones del lujo y los furores de la guerra, cayó la abadía en ruinas; la abadesa se hizo robar á tiempo; no quedaron en el convento mas de quince religiosas, que pronto se vieron reducidas á mendigar su pan y su vestido en los países vecinos. Ellas sufrieron bastante para espiar los pecados de las otras. Por el mismo tiempo, en 1429, los Armagnacs, encontrando una banda de ingleses en Chelles, les hicieron espiar el crímen cometido en la abadía por sus compatriotas en el siglo precedente.

El convento se volvió á poblar, pero no para Dios. Una bella convertida de la víspera, que debia pecar al dia siguiente, Isabel de Prollye, tomó el título de abadesa. El convento fué de nuevo una corte de galantería. El obispo de Paris habló de reforma: Isabel de Prollye le respondió que no se reformaban los corazones. El obispo no se dió por vencido, y envió á la abadía á un predicador célebre, al franciscano Olivier Maillard, cuyos sermones cinicos sirvieron de modelo á Garasse y sus iguales. "Mis hermanas, esclamó el franciscano en el coro de la iglesia, si no os conocie-

ra, os diria: el Señor está con vosotras; pero como os conozco, digo: el diable habita vuestras celdas. Tomàsteis la màscara de la devocion, pero conservais en el retiro todas las pasiones criminales. Os llamais hijas de Dios, y no sois otra cosa que hijas de placer."

Cuando el predicador hubo concluido su peroracion, resonó en la iglesia una estrepitosa carcajada. A una señal de la abadesa, se dispersaron todas las religiosas por los paseos de la abadía. El franciscano, no queriendo predicar como San Juan en el desierto, regresó á Paris, diciendo al arzobispo que desconfiaba de la salud de las Magdalenas de Chelles.

Renée de Bourbon volvió la virtud á la abadía. Una hija de Enrique IV, Enriqueta de Bourbon, le succedió como abadesa. En fin, llegó el gobierno de Luisa Adelaida de Orleans, duquesa de Charolais, la mas bella y amable de todas las abadesas. Su abuela Isabel Carlota, retrata así



à la hija del regente. Despues de haber elogiado su belleza y sus disposiciones para el baile y la música, añade: «Ella conviene mas al mundo que al convento. Se le ha metido en la cabeza la locura de entrar en él, ¿saldrá perdiendo el diablo en esa idea? Ella tiene verdaderos gustos de hombre, le agradran los perros, los caballos y las carreras. Todo el dia maneja la pólvora, hace cohetes y otros fuegos artificiales: tiene un par de pistolas, con las que tira sin cesar; á nada teme en el mundo, ni le agrada

ninguna cosa de lo que agrada á las mugeres; hé aquí por qué no puedo imaginarme que llegue á ser buena religiosa." Luisa de Orleans no hizo caso de ninguna demostracion, y persistió en su singular idea. Se despojó à Inés de Villars para dar el titulo de abadesa á la hija del regente. Trasladó à la abadía la ópera entera, queriendo sin duda servir á Dios con todas las pompas del demonio. Puso en ejecucion las piezas galantes de Watteau; las Señoritas Prévost, Sallé y Camargo vinieron á hacer piruetas al convento vestidas de pastoras y náyades. La célebre abadesa, vestida ella misma como se le ve en sus retratos, se mezclaba á la fiesta ó partia resueltamente en un caballo indómito á alguna partida de caza en los bosques. La corte de Francia se encontraba en Chelles con toda su galante poesía. El abate Prévost, en su novela alegórica: las Aventuras de Pompanius, que es la historia y la sátira de los primeros tiempos del siglo XVIII, ha querido pintar al convento de Chelles cuando habló de las vestales romanas. ¿Tuvo razon el abate Prévost, cuando dijo que las vestales de Chelles dejaban todas estinguirse el fuego sagrado en el altar de Vesta, para encenderlo en su corazon y amarse entre si? ¡Encantadoras profanas!

Con este cuadro sin nombre que el pintor Kiustech reprodujo en las cajas de polvo, acaba la historia de Chelles. ¿Diré que allí como en otras partes, la revolucion se mostró severa y aun ciega? Todos los cuadros fueron quemados, todos los monumentos destruidos, nada quedó de los sepulcros del rey Clotario y de la reina Bathilde. La abadía no es otra cosa que una ruina sin grandeza ni magestad; un trozo de pared, chapiteles dispersos, estatuas de mal estilo gótico trasladadas à la iglesia de la aldea; esto es cuanto recuerda que las mas bellas y locas princesas, las que han sido la alegría, el brillo ó el terror de la corte de Francia, desde Fredegunda hasta Luisa de Orleans, han amado y orado allì. Por epitafio de aquella abadía para siempre célebre, pudieran escribirse estas palabras de Fontenelle: el amor ha pasado por allí.

saldra perdicado el dicho en esa ideal a silla tiene verdadenes gustos

bombre, le agradean les norres, les estables y les carreras. Todo el dia ma-

NOGENT.

-{*}

No quiero pasearos solo por la historia y el paisage de Chelles; quiero imitar un poco á los estudiantes que llegan tarde á la escuela, que se estravian por los senderos sin cuidarse mucho del objeto; que àntes de sacudir el árbol de la ciencia, gustan de sacudir el árbol fructífero del valle. Cuando voy á Chelles, me detengo mucho tiempo en Nogent, esa alegre aldea que domina al Marne al cabo del bosque de Vincennes. Para mí la poesía de la historia tanto està en Nogent como en Chelles; en Nogent vuelvo á encontrar el semblante entristecido de mi amigo Watteau, la fisonomía delicada de Madama de Lambert, esa encantadora azul bajo del tiempo de la regencia, que no tuvo otra falta, que ser amiga de Fontenelle.

Este nombre de Nogent, puede traducirse por nuevos estrangeros, nuevas gentes, novi gentes, novi genteles. Muchas aldeas en Francia llevan este nombre; ¿será porque esos lugares fueron la morada de poblaciones que los romanos desterraron á las Galias, obligándolas à desmontar las tierras? Bien loco será el que se pare en esos orígenes perdidos.

En el año 582 residia allì Chilperico, pues en ese lugar fué donde aquel fantasma de rey recibió los presentes que le envió Tiberio, emperador de Oriente. Habia tambien, segun esto, una casa real habitada por la misma clase de personas, hasta fines del siglo VIII. Despues de los reyes vinieron los monges, nuevos reyes mas absolutos, que agobiaron á los habitantes bajo su yugo de fierro. Esas pobres gentes no solo fueron oprimidas por los monges, sino tambien por los señores de la comarca, é igualmente por los del feudo de Placencia, por los de la casa de Garlandes, por los del feudo de Moineaux, y sobre todo, por los monges de San Mauro. Desde el siglo IX aquellos pobres levitas del Señor, cuyo reino no es de este mundo, poseían casi todas las rentas de la aldea, es decir, el trigo, el vino, los ganados y las gallinas. En el siglo XII el limosnero del monasterio de San Mauro hizo construir en Nogent una vasta casa que fué, segun dice un historiador, la granja del país. Los pobres habitantes jamas